

TOMAS CARRASQUILLA Y LA LITERATURA ANTIOQUEÑA

Por ABEL GARCIA VALENCIA

En distintas ocasiones y en tiempos distintos he dicho mi devoción y mi entusiasmo por la obra de Tomás Carrasquilla, el máximo escritor antioqueño y el primer novelista de Hispanoamérica. Es lógico y natural que ahora, al aproximarse el primer centenario del nacimiento del Maestro, vuelva a entonar mi vieja cantinela en elogio de quien supo aprisionar, en páginas de encanto indefinible, la vida, las costumbres, el ambiente y el paisaje de esta tierra de cuyos hijos se ha dicho que saben escribir la historia, pero antes son maestros en hacerla.

Empero, no es en el recinto exclusivista y restringido de las academias y de los centros sociales donde se puede y se debe evocar la memoria de Carrasquilla, pues aquellos ámbitos afectados, estirados y egoístas repugnaron siempre a su temperamento. En mi juventud ya ida tuve muchas veces la oportunidad de dialogar con él, y recuerdo cómo en el tibio rincón de un café, en la tertulia casera o conversando con el pueblo se manifestaba su ingenio. Allí, en contacto y comunicación con el mundillo de animadas marionetas que supo mover en sus libros, pues de la vida real salieron los protagonistas de sus obras, allí estaba el gran novelista en su elemento. Las ideas y las emociones, los pensamientos y los sentimientos del artista armonizaban perfectamente con ese espacio familiar que él mismo se buscaba, y donde exprimía los jugos del idioma en frases de tanta intención y viveza, que de su conversación deleitosa no hay quién se acuerde sin lamentar su pérdida.

Y Carrasquilla escribía como hablaba, con idéntica fluidez y con igual colorido en sus palabras. Su estilo es por lo mismo inimitable, pues una dicción tan peculiar, tan personal, llena de tales giros y de tanto movimiento, no puede ser sino el reflejo de un temperamento aislado y sin paralelo posible. Se puede imitar con relativo acierto a los más grandes prosistas de la lengua española, a Cervantes, a Quevedo, a Jovellanos, y ya lo hizo así don Juan Montalvo con el autor del

Quijote, pero no es tarea fácil simular el estilo de autores como Tomás Carrasquilla, por ese modo íntimo y exclusivo de manifestarse, por el vigor y la naturalidad de sus períodos, por el acierto expresivo, por la manera clara, patente y objetiva de dar vida a lo subjetivo de su propia alma. Ya se dijo de Santa Teresa de Jesús que al leerla parece como si se escuchara a una vieja castellana conversando junto al fuego, y en Carrasquilla se advierte la misma vitalidad en esa prosa campechana y sin retoques, cristalina y transparente como el agua.

Pueden los buenos prosistas colombianos competir con los mejores de la literatura española, pero Tomás Carrasquilla encierra en su estilo todas las virtudes, la belleza y el casticismo de los grandes clásicos. El sabio Caldas manejó una pluma de increíble seducción y de tan poético atractivo que dio animación a las más áridas producciones científicas. Rafael Núñez movilizó ideas de tal poder y fuerza que resonaban como el caracol marino dentro del molde estricto de su estilo rotundo. Más variado y elegante que Núñez en su prosa, fue Miguel Antonio Caro, comparable sólo entre los españoles a Menéndez Pelayo, a quien superó por muchos aspectos. Marco Fidel Suárez dio a su prosa toda la gracia, la facilidad y el contenido del más perfecto y consumado cultor de la lengua. Pero en Carrasquilla se condensan y concilian la euforia, la intensidad, la animación, el brillo y la concordancia gramatical de los períodos, con la perfección y la armonía que distinguieron a nuestros más egregios estilistas. Los supera, además, en la abundancia inconmensurable de su vocabulario, y en la ironía sutil que se filtra de su estilo y que transmite mayor hermosura y espiritualidad a su prosa magnífica.

Fue Tomás Carrasquilla, por otra parte, el más genuino intérprete del alma de su raza y de su tierra. Nadie como él ha reproducido las vidas, los caracteres y los tipos humanos de la grande Antioquia. De Shakespeare se afirmó que después de Dios fue él el autor, el creador de mayor número de personajes, los mismos que se agitan con sus amores, con sus dolores, con sus vicios y con sus enigmas en la obra del prodigioso dramaturgo. De Carrasquilla se puede aseverar algo semejante. Todas las individualidades, los tipos psicológicos, las pasiones, las virtudes y los defectos del antioqueño encuentran exacta representación en las novelas del Maestro. El gamonal engreído y dominante de nuestros pueblos, el campesino sencillo y fuerte de estos agros virgilianos, el bondadoso e ingenuo cura de aldea y por contraste el cura rebelde e intrasigente, la beata insoportable de sacristía y costurero, el buen maestro de escuela, el sacristán, el boticario, el tendero y el barbero que mangonean y dirigen la política, el prendero implacable y usurario, el niño aldeano, el temible rufián de la parroquia, la fecunda matrona de nuestras montañas, la dulce niña enamorada que en el marco de su ventana contempla la luna, todas, en fin, todas las formas de la vida terrígena hallan su genial y original expresión en las novelas y cuentos del Maestro que maneja los títeres de su farándula con arte y habilidad de verdadero taumaturgo.

Pero al dominio de los caracteres, al conocimiento perfecto de sus protagonistas, agregaba Carrasquilla la noción de los elementos y de las circunstancias que rodeaban a los personajes por él creados. A

un prelado eminente le oí decir, sorprendido, que sólo a personas de Iglesia se les podía exigir tan minuciosa y detallada idea del ritual católico, de los diferentes aspectos de la liturgia, de los actos y de la indumentaria que varía según los distintos oficios religiosos y místicos. A un ilustrado pedagogo le escuché cómo había estudiado el corazón de los niños y la sicología infantil en todo su profundo sentido leyendo las evocadoras páginas de "Entrañas de Niño". Cierta dama inteligente me decía que el histerismo de su hermana, las veleidades de su hija y en general todas las fragilidades de la mujer se entendían a través de los tipos femeninos descritos por Carrasquilla con la sabiduría del más experto buceador de almas. Así también el médico se admira del conocimiento de ciertos menesteres relacionados con su profesión que manifiesta el novelista, quien se documentaba debidamente y ostentaba erudición y ciencia desconcertantes en las materias más diversas. Se explica de esta manera que la pintoresca y abundante flora de Antioquia matices con su esplendor toda la extensa obra de Carrasquilla, y por eso un sabio naturalista está empeñado en la ardua tarea de recoger el amplísimo vocabulario botánico que transmite aire y tono de égloga y de paisaje geórgico a los libros de nuestro insigne conterráneo.

Era tal la maestría de Carrasquilla, que jugaba con sus personajes, los pintaba con los colores más subidos, les atribuía vicios, pecados o virtudes que exageraba a su amaño, les daba fisonomía y rasgos de tamaño mayor, para así producir la impresión de caricaturas regocijantes. Este recurso del artista vuelve más definidas y precisas las líneas del retrato, y al sobrecargar los colores con tintes burlescos el protagonista de la obra se hace inolvidable. Son por lo mismo imperecederas las estampas de aquellos hombres y de aquellas mujeres que surgen de la pluma del autor de "Frutos de mi tierra", y que aun pasado mucho tiempo se recuerdan con la misma fijeza y la misma claridad que tuvieron cuando por primera vez se grabaron en la memoria. Y a propósito de "Frutos de mi tierra", fue justamente el General Pedro Nel Ospina quien hizo observaciones y glosas de suma agudeza, al escribir el notable ex-presidente el prólogo de la primera novela de Carrasquilla, publicada en Bogotá en las postrimerías del pasado siglo.

Se ha dicho, sin conocimiento de causa, que Tomás Carrasquilla apenas se relacionó con tipos campesinos y populares, y que la clase aristocrática no figura para nada en sus libros. Es verdad que él, demócrata en la política y en la vida, prefirió siempre la amistad de las gentes humildes y sencillas, pero por su origen, por sus lecturas y por la distinción de su espíritu no fue extraño del todo a los altos círculos de la sociedad y de la inteligencia. En su novela "Grandeza", por ejemplo, describe ambiente y costumbres de salón, y los personajes centrales de la obra son caballeros y damas que tuvieron existencia real en esta villa de la Candelaria. No podía el Maestro olvidar este aspecto de su tierra, y es por tanto equivocado y precipitado el juicio de sus críticos, pues quiso él, y lo consiguió plenamente, reproducir en su totalidad las diversas y dispersas manifestaciones de la dulce región de sus afectos.

Alguien afirmó, además, que no planteó Carrasquilla conflictos espirituales, que no escribió novelas de intención social y de análisis, cuando en verdad todas sus obras envuelven un problema, y de todas ellas se desprende una tesis fundamental de trascendencia. Cuando Caballero Calderón, ensayista doblado en novelista, dio a conocer su "Cristo de Espaldas", se aseveró que en la literatura colombiana era insólito el caso de este autor que se atrevía a afrontar las tremendas crisis, las vacilaciones y los tormentos de conciencia que acosan a un sacerdote ansioso de ser redentor y mártir, pero que tropieza en todo momento con la ignorancia de sus feligreses, con la hostilidad de sus iguales y con la incomprensión y el desdén de sus inmediatos superiores eclesiásticos. No saben, los que esto dijeron y pensaron, que muchos años antes había escrito Carrasquilla su admirable "Padre Casafús", donde un pobre cura aldeano demuestra su celo, su rebeldía, su beligerancia, sus defectos y sus cualidades en apasionante contraste. Ocurre, sí, que nuestro novelista es gráfico en sus pinturas y descripciones, se complace en el diálogo, da vigor a los toques superficiales, forma una serpentina de palabras y de frases brillantes, y entonces el lector que sólo busca lo ameno y fácil no se detiene a considerar los profundos abismos intelectuales que a veces se esconden y disimulan bajo el fuego fatuo de los vocablos. La magia del estilo no deja ver la hondura del pensamiento, así como "los árboles impiden ver el bosque".

Los impugnadores de Carrasquilla han querido situarlo en épocas anticuadas y distantes, afiliado a movimientos y escuelas sin posible vigencia en los días contemporáneos. Pero el autor antioqueño es actual y perenne como las rocas, es novelista de todos los tiempos, y cada día se afianza más su nombre y su renombre. Que era demasiado restringido y localista, que solamente el paisaje, la vida y las costumbres de Antioquia impresionaron su retina, que carecía de la universalidad de los grandes maestros de la novelística, se ha dicho por escritores y críticos adversos. No advierten ellos que hay pensamientos y sentimientos comunes a todos los hombres, a todos los países, a todas las épocas. Es indudable que la acción de las novelas de Carrasquilla está enmarcada en tierras de Antioquia, pero es evidente que también Balzac escribió en París y que en sus obras se respira sólo el ambiente de Francia, que Dickens reproduce en sus obras la vida londinense, y que Dostoiwsky nos da apenas en sus novelas tormentosas una visión de la Rusia esteparia. No se entiende por qué de estos autores se sostiene que son universales y ecuménicos, y en cambio se asigna a Carrasquilla un sitio reducido y lugareño.

El credo literario y estético de Carrasquilla también se ha discutido, y no faltan quiénes le niegan el conocimiento de las escuelas antiguas y modernas. Hay que releer sus geniales "Homilías", antes de emitir concepto, antes de penetrar en el estudio y el conocimiento de la noción vastísima que tuvo Carrasquilla de obras y de autores, de críticos, de poetas y de artistas. Deliberadamente asumía una actitud reservada y esquiva en presencia de los movimientos y las corrientes ultramarinas y ultraístas, mas no por ignorancia sino por natural recelo y desconfianza ante aquellas tendencias que no se hubieran puri-

ficado y acendrado por el influjo de la experiencia y de los años, y que no se hubiesen ennoblecido y tomado el tono y la pátina del tiempo. Fue, pues, un clásico por esencia y a sabiendas, partidario de lo perdurable y eterno, continuador de aquellos modelos que a lo largo de los siglos han dado la luz de sus inteligencias reflejada en libros. No quiere esto decir, sin embargo, que tenía el prejuicio de lo viejo y que se había enquistado en seculares tradiciones, pues al contrario alababa sin reatos lo nuevo cuando era de su gusto, y le agradaba estimular a los jóvenes artistas, escritores y poetas que buscaban su consejo y lo seguían sin réplica. Fuí testigo de su interés constante por los trabajos intelectuales y por los avances de algunos amigos que frecuentaban su trato amable, y aun aquellos de menores alcances y disposición para las letras oían sus bondadosas aunque tanto irónicas frases de aliento.

Antioquia le debe a Tomás Carrasquilla el movimiento introspectivo, la observación interna del alma de la raza, el impulso hacia el mejor conocimiento del espíritu, el corazón y el cerebro de la proge. Gutiérrez González y Carrasquilla le dieron sabor propio y castizo a la literatura regional, que es la expresión auténtica, exacta y fiel de la estirpe merced a estos dos puros y típicos representativos de la índole, del genio y de la entraña de Antioquia. En estas montañas se siente, se piensa y se razona con criterio propio, adecuado a las características, a los orígenes, a la idiosincrasia del antioqueño, por obra y gracia del autor de la "Memoria sobre el cultivo del Maíz", y por el influjo imponderable del Maestro que en sus novelas dio vigor y vida nueva a la gran familia, al grupo humano "durum genus", que puebla estas escarpadas breñas. Al poeta de "Aures" y al novelista de "Hace tiempos" se debe el hallazgo de una literatura nuestra, genuina, antioqueña, cuando la literatura colombiana todavía no tiene fisonomía propia.

En efecto, no se puede hablar de una literatura nacional que sea expresión y reflejo de la patria, y en cambio sí existe la literatura antioqueña. En un momento de mal humor dijo alguna vez don Miguel Antonio Caro que "las letras en Antioquia son letras de cambio", pero aparte de la ingeniosa alusión al temperamento práctico, pragmático de nuestros paisanos, el concepto del egregio humanista es en exceso injusto e inexacto. No es preciso enumerar la letanía gloriosa de los escritores y poetas nacidos en Antioquia que han dado lustre a la literatura colombiana e hispanoamericana en este y en el pasado siglo. Aquí dio sus primeros vagidos el doctor José Manuel Restrepo, el más grande de los historiadores de Colombia. En Medellín vio la luz Francisco Antonio Zea, la segunda gran figura de nuestra emancipación, después de Bolívar, y escritor y orador elocuentísimo. Antioqueños fueron Gutiérrez González y Epifanio Mejía, poetas de inspiradísimos acentos. La prosa panfletaria no ha tenido en el país un escritor tan vibrante como el Indio Uribe, de la más pura cepa terrícola. En humildísimo rincón de Antioquia vino al mundo Marco Fidel Suárez, verdadero Cervantes redivivo. Esta es también la patria chica de Antonio José Restrepo, escritor de ingenio quevedesco. Rendón, Efe Gómez y Samuel Velásquez son cifras de nuestra literatura que honran las letras hispánicas. El rionegrero Sanín Cano es uno de los más grandes

críticos del continente. Barba Jacob, poeta de Antioquia y de Colombia, dio la nota más alta en la lírica de todo un hemisferio. Y Carrasquilla, en fin, puede hombrearse con los mejores novelistas y escritores de nuestra lengua.

Pero no es precisamente lo expresado en el párrafo anterior lo que deseaba decir, sino que la literatura nacional no tiene rasgos y caracteres definidos, como sí los tiene la antioqueña. Guillermo Valencia, quizá el más grande artífice del verso que embellece la poesía en Colombia, buscó siempre motivos bíblicos, o sacados del clasicismo antiguo para ilustrar su lira parnasiana. Casi todos los grandes literatos colombianos, sean poetas o escritores, han encontrado en Grecia y Roma el manantial seguro de sus obras. Sólo una vez, cuando surgió el grupo de "El Mosaico", fue la literatura colombiana leal a sus ancestros, y entonces el cuadro de costumbres fue la mejor expresión de las letras raizales. Más tarde vino José Eustasio Rivera como excepción aislada y solitaria dentro del cuadro general de la literatura colombiana, y sus libros "Tierra de Promisión" y "La Vorágine" trataron de revivir en vano el sentido patriótico de nuestros artistas. Por eso repito que cuando no existe una literatura nacional que sea reflejo de Colombia, en cambio sí existe la literatura típica de Antioquia. Por eso don José Manuel Marroquín, pasmado ante el surgimiento milagroso de un grupo de escritores que en estas sierras altivas daban contornos definidos y firmes a las letras, dedicó su novela "Entre Primos", "a los literatos antioqueños".

Carrasquilla es, entre los antioqueños, el escritor que mejor representa el genio de su tierra. En sus novelas y cuentos vibra el alma de la raza, están latentes las características de este pueblo. Y tiene tal virtud de adaptación el Maestro, logra de tal manera asimilar y reducir a un común denominador lo foráneo que pueda caber en sus obras, que un cuento de puro origen español, como "En la diestra de Dios Padre", se convierte en cuento antioqueño y joya de nuestro folclore, por el maravilloso trabajo de recreación que cumplió Carrasquilla al trasladarlo a la posteridad en labios de la señá Ruperta. Transmitido de una generación a otra, a lo largo de cuatro siglos, y referido al amor de la lumbre en los hogares campesinos, el cuento de Peralta se transformó en leyenda popular de nuestras montañas, y se conservó como tesoro inapreciable de la literatura universal merced al ilustre paisano cuya memoria en estas páginas y por este escritor adventicio se exalta. En "Don Segundo Sombra", la novela magistral de Ricardo Güiraldes, se narra en breves páginas la misma historia de Peralta, pero en tono y estilo inferiores, en forma que contribuye a destacar y resaltar el cuento de Carrasquilla con rasgos definidos e insuperables. Pero son muchos, sin embargo, los que no estiman el relato "En la diestra de Dios Padre" en su justo valor, quizá porque creen que el estilo ameno, familiar y sin artificio resta mérito y belleza a esta prodigiosa manifestación de la literatura terrígena.

A propósito del folclore, cierta vez le oí decir al Maestro que tenía entre sus proyectos dar vida para las letras a la vieja leyenda montañera de "Sebastián de las Gracias". Nada, en verdad, tan adecuado a la inteligente percepción, al estilo, al ingenio, al donaire, a la

originalidad del estupendo y pintoresco narrador que fue Carrasquilla. Aquel relato, que absorto y maravillado escuché de niño a una anciana sirvienta, y que en los campos y veredas de Antioquia se refiere en varias noches sucesivas, contado y cantado por algún juglar agreste, es otra de las leyendas tradicionales que de España nos han venido, y que se han modificado y adaptado a la vida nuestra. Sebastián, el héroe del poema, porque poema es aquel relato épico, se vuelve personaje característico de Antioquia, se convierte en andante caballero de aventuras inverosímiles y de hechos que ocurren siempre en las crestas de las cordilleras, en los valles y en los abismos que forman estas montañas. El rústico y andariego Sebastián, que por el influjo envolvente del tiempo y de la vida se torna de caballero de lanzón y escudo en hidalgo campesino de Antioquia, es uno de aquellos personajes de antigua gesta que dan razón de ser a nuestra epopeya primitiva. Y el propio Carrasquilla, en diálogo cordial y erudito con Gabriel Latorre, mi profesor de Estética, expuso alguna vez la teoría, que yo acojo sin reservas, de que Sebastián de las Gracias no fue otro sino el glorioso y enamorado caballero Amadís de Gaula. Las hazañas, las andanzas, los amores y los dolores del noble varón de hierro, coinciden con los hechos realizados por nuestro Sebastián de las Gracias. Basta una sola lectura de aquel libro celeberrimo, y compararlo con la narración de nuestros rapsodas rurales, para encontrar semejanzas impresionantes.

Lenta y seguramente, Carrasquilla ha ido trasponiendo los límites de su pueblo y de su región, y su fama se ha dilatado en ondas cada día más amplias. El primero de los críticos extranjeros que reconoció su valía fue el español Julio Cejador, cuando lo consideró como "el primer novelista regional de América, el más vivo pintor de costumbres, y el escritor más castizo y allegado al habla popular, no solo de su tierra antioqueña, sino de cualquier región americana". El Pereda colombiano se llamó a Carrasquilla más adelante, pero es lo cierto que nuestro novelista superó al autor de "Peñas arriba", no obstante el mérito insigne del hispano. Después ha venido el estudio tardío y escéptico, seguido casi siempre de la admiración y el entusiasmo. Escritores colombianos como Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, Alberto Lleras, Eduardo Zalamea Borda y el poeta Rafael Maya, entre varios, iniciaron el redescubrimiento de Carrasquilla más allá de las fronteras de Antioquia. El canadiense Kurt Levy consagró al novelista una obra documental y exhaustiva que le sirvió de tesis para su doctorado en Filosofía y Letras, la cual está siendo traducida al castellano por el escritor payanés Carlos López Narváez. El profesor español Federico de Onís también dedicó al Maestro un documentado prólogo para la edición madrileña de sus obras. Una escritora estadounidense ha pedido a la Universidad de Antioquia bibliografía y datos relacionados con nuestro autor para emprender un estudio crítico pormenorizado acerca de éste. Así se ha venido cumpliendo, pausada, discreta e insensiblemente, lo que en gastada pero adecuada frase el Dr. Núñez llamó "el veredicto justiciero de los tiempos".

La Universidad de Antioquia, a cuyo cuerpo y espíritu pertenecieron los más grandes hombres nacidos en esta comarca a lo largo de siglo y medio, contó también a Tomás Carrasquilla entre sus hijos e-

gregios. En los venerables claustros del Alma Mater de nuestra cultura adelantó el futuro novelista estudios correspondientes al bachillerato, e inició la carrera de derecho, pero hubo de abandonar este empeño por causa de una de aquellas malhadadas revoluciones que durante la centuria pasada conturbaron la patria. Entre el polvo de los archivos he consultado los papeles relacionados con la vida de Carrasquilla en las aulas universitarias, y allí constan detalles por demás curiosos e interesantes. En poder de los familiares del Maestro se conserva un borroso pergamino en el cual se lee, de puño y letra del Rector de la época, y al pie de las calificaciones respectivas, que al joven Carrasquilla "le ha perjudicado mucho la lectura de novelas". Afición bendita, aunque pareciera perjudicial en su tiempo, pues de aquella sabrosa falta nació esta gloria de las letras. Y decir tal cosa, asegurar que la lectura de novelas perjudicó a Carrasquilla, es tan ingenuo y torpe como decir que a Cristóbal Colón lo afectó su afición a los viajes, o a Bolívar su vocación de Libertador, de genio y de héroe.

Agradables reminiscencias hizo Carrasquilla de su paso por la Universidad, de sus amigos y condiscípulos de entonces, de los alegres días de vacaciones y de fiestas, del rígido y paternal rectorado del Dr. Berrío y del tierno culto a la Virgen Dolorosa, que era celebrado por los estudiantes con devoción y entusiasmo. Compañeros suyos fueron Pedro Nel Ospina, Rafael Uribe Uribe, Antonio José Restrepo, Tulio Ospina, Francisco de Paula Rendón y una verdadera teoría de antioqueños que más tarde dieron lustre a esta querida provincia. Recordaba Carrasquilla con especial respeto y complacencia la señera estampa de Berrío, el más grande entre los grandes hombres de Antioquia, cuando el extraordinario gobernante descendió del solio a ocupar la rectoría de la Universidad, posición desde entonces la más honorífica y alta que puedan ocupar nuestros conterráneos y compatriotas. Y hablaba el Maestro además, con emoción y deleite, de aquellos días en que la bulliciosa estudiantina recorría las apacibles calles de la villa, y cuando la feliz comparsa interrumpía el sueño de los vecinos y entonaba canciones de amor en la tranquila y silenciosa media noche.

Se ha querido establecer contraste y divorcio entre Tomás Carrasquilla y Efe Gómez, otro notabilísimo escritor y cuentista de Antioquia. En verdad no coinciden ellos en el enfoque de los personajes, ni en la descripción de ambientes, ni en el desarrollo del tema, ni en el desenlace de los argumentos. Más natural y espontáneo Carrasquilla, más afectado y artificioso el fredonense, en el primero se advierte mayor ingenio y originalidad, pero el segundo es más esmerado en la forma. En el dominicano seducen la facilidad, el colorido y el tono festivo del estilo, al paso que en don Efe conmueven el sentido de lo trágico y la profundidad de los conceptos. Llegan, sin embargo, a confundirse a veces, cuando Carrasquilla muestra la garra del león y entra en lo más hondo de las situaciones y de los acontecimientos, y cuando el autor de "Guayabo Negro" se hace ligero y ágil en la expresión de su prosa elegante. Se complementan, pues, Tomás Carrasquilla y Efe Gómez, los dos amigos, contemporáneos, paisanos y ambos de gustos idénticos. Juntos anduvieron en más de una aventura, asistieron a las mismas tertulias, frecuentaron los mismos sitios de diversión, y en

compañía del eximio ex-presidente Dr. Carlos E. Restrepo los ví y los oí en amena charla, poco antes de la infausta muerte de don Efe, cuando Carrasquilla invitó a sus amistades para celebrar la adjudicación del Premio Nacional de Literatura que en su honor se hizo, y para entretener el acto libando el espirituoso y legítimo aguardiente antioqueño.

Hace varios años, en el prólogo que tuve ocasión de escribir para la novela "Las hijas de Gracia", de Magda Moreno, aludí también a la semejanza, al parecido intelectual que se advierte entre la obra de Carrasquilla y la de Francisco de Paula Rendón, su invariable complemento y contrapunto. A veces, pasajes del uno y del otro se confunden, y ello porque los dos gemelos novelistas coincidieron por varios y variados aspectos. Nacidos en el mismo pueblo, criados en el mismo paisaje agrario, educados en los mismos claustros y entregados al mismo género literario ambos, sus obras se aproximan y siguen igual trayectoria. Las novelas de Rendón integran la acción que en las de Carrasquilla se inicia, y así "Sol" e "Inocencia" son hermanas espirituales de "Blanca" y de "Regina", y "Lenguas y Corazones" es como una escena, como un capítulo olvidado de "Frutos de mi tierra".

Confieso que en el desorden de estos apuntes, hechos casi al azar y de memoria, he seguido las orientaciones de la crítica tradicional, sin contacto con las pedanterías de la moderna Estilística. Creo yo, con los propugnadores de la vieja escuela, que en el análisis de obras y de autores se debe ceñir el crítico, preferentemente, a la consideración de lo histórico, lo filosófico, lo ideológico y lo social que el tema tratado encierra, pero sin menospreciar del todo la valoración estética de la Estilística, tenida en cuenta apenas como simple y sencillo complemento. Es que el estilo es algo personal y propio, que no se somete a reglas, definiciones y textos. Se pueden estudiar las peculiaridades idiomáticas y la factura de un estilo, pero no es tan fácil reducir a normas limitadas el sistema expresivo de un autor determinado, ni la entraña de un poema se presta para ser desmenuzada en cifras concluyentes, ni es posible convertir en signos precisos, accesibles al juego caprichoso del crítico, el carácter íntimo que da a sus obras el escritor o el artista. Y en mi sentir sincero, no creo que la Estilística permita juzgar e interpretar a Carrasquilla por el conocimiento de su fraseología sola, aunque ella sea tan típica e inconfundible. Y en último término la Estilística es todavía rama verde y frágil de la ciencia, que no puede ser impuesta como axioma y dogma.

En Honduras, cerca de Babia, se ha metido un pobre diplomático de nuestro país, quien de manera inocente ha preguntado por las obras del "vate" Carrasquilla para ser divulgadas en Centroamérica, en unión de las poesías de nuestros mejores líricos. Es decir que un ciudadano llamado a tener siquiera instrucción rudimentaria en letras por sus títulos académicos, por su categoría oficial, por sus flamantes presillas y por su condición de colombiano de alguna cultura, ignora sin embargo quien fue Tomás Carrasquilla, el novelista. Estudios elementales de literatura permiten a cualquier modesto bachiller dar cuenta de la vida y de los libros del autor antioqueño, y es por eso imperdonable el error de quien lo cataloga entre los vates de Colom-

bia. Pero que sirva de consuelo y de excusa al ingenuo diplomático saber que alguna vez Carrasquilla pergeñó versos, y que bajo el título de "Salutaris Hostia" publicó unas breves estrofas mediocres, dignas del olvido al cual quiso condenarlas el Maestro de manera irrevocable.

Al hablar de ciertas fallas y defectos del novelista, es justo reconocer que en sus descripciones se volvía demasiado prolijo y casi redundante. Abundaba en los detalles y agotaba las referencias hasta hacerse largo, pero nunca monótono. El acento risueño, variado y pintoresco evita que el lector llegue al cansancio, y así como en los caminos dilatados la contemplación del paisaje y de la naturaleza distrae los ánimos, de igual manera el extenso y cambiante panorama que ofrece Carrasquilla vuelve interesante y atractiva la trama y trayectoria de sus obras. Por otra parte un autor que busca reflejar, y eso quería Carrasquilla, toda la existencia de una región, debe arrastrar en la corriente del relato, como en los grandes ríos, cuanto cuerpo animal, mineral o vegetal se le oponga y atraviese con sus pedruscos, fronda y hojarasca. De esta manera ha escrito Carrasquilla la real epopeya de Antioquia, y así en la literatura universal se ha incorporado un verdadero monumento que la posteridad habrá de reconocer y exaltar debidamente. Porque Tomás Carrasquilla será considerado en tiempos no remotos como un novelista no inferior a las grandes figuras mundiales sobresalientes en su género: Balzac en Francia, Dickens en Inglaterra, Dostoievsky en Rusia, Pérez Galdós en España, Eça de Queiroz entre los portugueses y Faulkner, Steinbeck, Hemingway, Dos Passos y Sinclair Lewis en Norteamérica.

Cómo era Tomás Carrasquilla? Recuerdo, siendo yo estudiante y colaborador de planta en "El Colombiano", la fisonomía y el conjunto físico del Maestro. De alta estatura, aunque no excesiva; robusto sin llegar a la obesidad; de facciones finas, expresivas y nobles; sonrosado el rostro; ojos pequeños, vivos y penetrantes; un leve rictus entre despectivo y risueño en sus labios; calva reluciente que ocultaba casi siempre bajo su viejo sombrero negro. Caminaba con lentitud, apoyado en grueso bastón, y hablaba con cierto acento de bonhomía campesina para ocultar la profunda intención y la picardía de sus palabras. Cuando pontificaba en el antiguo Café La Bastilla, lo rodeábamos algunos muchachos aficionados a las letras y admiradores incondicionales de sus obras. Era grato e instructivo oírlo conversar con sus jóvenes interlocutores, a quienes acompañaba en ocasiones a los sitios arrabaleros, cuando había todavía unos pocos y destartalados coches de dos caballos en esta villa que hoy es ciudad opulenta. Pasados los años la vida nos dispersó un poco a los amigos y contertulios del Maestro, pero se mantuvo entre todos vivo y constante el afecto por el patriarca de la literatura vernácula. Los años y los desengaños lo distanciaron aún más de su vieja querencia, y un tanto achacoso y malhumorado se recluyó después en el amable retiro de su casona familiar, donde parientes y relacionados le hacían menos tristes las horas, y con la lectura le distraían de importunos y sombríos pensamientos. Perdida la vista y dificultoso el andar, se fue volviendo silencioso y meditativo, melancólico y esquivo a sus amistades, pero en veces recupe-

raba su índole y entonces daba gusto escucharle. Disolvente, regocijado y regañón al mismo tiempo, decía cosas tan originales, tan concretas y sentenciosas que sus frases tenían la fuerza y el sentido de proverbios. De bata, de gorro y de pantuflas veíasele sentado en cómoda silla esterillada, frente a una mesa en la cual se advertía un ejemplar de "Sobre el Yunque", el tremendo panfleto del Indio Uribe. Así logró Eladio Vélez captarlo para la posteridad en el admirable óleo que guarda la Universidad de Antioquia, y que es sin duda el mejor entre todos los retratos que constituyen la iconografía del Maestro.

Ya en sus últimos años, después de una feliz intervención que le devolvió la luz de sus ojos, Carrasquilla vivió entregado a breves lecturas y a rumiar sus pensamientos. El bien sabía que en el mundo todo es vanidad de vanidades, ilusión y mentira, pero estas ideas molestas no le preocuparon de verdad sino en sus días postrimeros. El murmullo de la vida ambiente se le hacía ya pesado y fatigoso, pues le interesaba más el susurro interior de su conciencia. Cerraba sus pupilas cansadas para no contemplar el paisaje circundante y para comprender mejor las voces íntimas que llamaban a su alma. A veces, adormilado, se proyectaba en sus ensueños el vastísimo telón de sus creaciones inmortales, y parecía que reanudaba con los queridos protagonistas de sus obras el interrumpido diálogo. Entonces se alzaba en su debilidad senil, y dirigía el enorme escenario con el poderoso impulso creador que alentara otrora su espíritu. Blanca, DIMITAS Arias, Casafús, Peralta, la Marquesa, el Zarco, en fin, todos los hijos de su genio tomaban figura material y revivían los hechos de su existencia pasada, en animado concilio con el anciano autor que les dio vida perdurable. Así, dirigiendo la extraordinaria sinfonía y el coro incomparable de sus personajes, es decir toda la vida de Antioquia, fue sorprendido por la muerte y le llamó Dios Padre a su diestra.

Porque Tomás Carrasquilla creía en Dios, y en Antioquia.